

DOMINGO XI ORDINARIO



PRIMERA PAGINA

Del poco perdón al poco agradecimiento

Pareciera que las lecturas de este domingo fueran más propias del tiempo cuaresmal, pero como en todo tiempo y espacio es oportunidad de conversión, las damos por bienvenidas, sin reparo ninguno. Hablan del perdón, de pedirlo y recibirlo, hablan de gracia. De compasión y misericordia. De agradecimiento.

Tres actores en la escena bíblica: David en la primera lectura, Simón el fariseo y la mujer pecadora (así la llama el relato) en el evangelio. Y cada uno con su cuita, con su imperfección, con su alejamiento de Dios. David ha hecho matar a Urías y se ha quedado con su mujer. Simón, fariseo, ha invitado a Jesús a comer a su casa pero no parece limpio en su propósito, no lo ha recibido como un honesto anfitrión.

La mujer pecadora, el vox populi de su comportamiento hace pensar en que todos los presentes conocen algo reprobable en su vida. No me entretengo. Ya conocen los relatos.

De toda la narrativa de estos textos me voy a quedar con un par de frases. Después de la parábola de los prestamistas perdonados que cuenta Jesús, le pregunta a Simón: ¿Cuál amaré más?. Respuesta “aquel a quien se le perdonó más”.

Y las voy repensando un rato. Y me hablan estas frases de agradecimiento, de autoconocimiento profundo de la propia realidad. Si a veces tenemos sensación de que se nos ama poco quizás el error está en el prisma con el que estamos mirándonos. Vemos poco de lo que necesitamos ser perdonados.

Creemos que hacemos casi todo bien, al menos con buena intención. Como el fariseo, cumplimos la ley (la ley que nos da muerte como dice Pablo hoy). Somos pecadores mediocres, ni siquiera “grandes pecadores”. Se nos ha ido enfriando la conciencia de alejamiento, de desviación en el tiro. Hemos hecho nuestras dianas tan gigantes, tan poco exigentes, que por más que sesguemos en el lanzamiento, es raro que la flecha no caiga dentro. Lo que quiero decir con esta comparación es que entiendo por pecar errar en el tiro, no dar en el blanco. Pero hemos ido agrandando nuestras dianas, haciéndolas más permisivas, más complacientes, de forma que aunque disparemos torcido siempre nuestras flechas las alcancen y no tengamos conciencia de error, de pecado.

Me crié en un ambiente que era todo lo contrario. Allí la diana era diminuta. Siempre erraba en el tiro. Era muy difícil acertar. Nunca era suficientemente preciso el lanzamiento. Siempre había algo que mejorar, o que exigirse más. Nunca llegabas a ninguna parte. Era desalentador. Nada estimulante, en serio. Quizás por eso, con los años uno se relaja. Se vuelve más condescendiente con uno mismo. Seguro también se madura en la conciencia de pecado y se va aprendiendo a discernir cuándo y cómo de verdad uno se aleja de Dios voluntariamente. Pero no podemos negar que a veces nos relajamos.

Nos autojustificamos como el fariseo pensando que yo no hago mal, al menos grandes males a nadie, que somos cristianillos mediocres, que ni fu ni fa. Pudiera ser que nos conformamos con sentirnos medianamente queridos por Dios, porque medianamente le amamos nosotros. No pensamos que haya mucho que perdonársenos y por eso nuestro agradecimiento es igualmente superficial y mediano. En las situaciones vitales duras la tentación es pensar que Dios nos ha olvidado, que pasa de nosotros, no que pasa (que las pasa) con nosotros. Es un camino de verdadero discernimiento interior conocer qué de nosotros nos mantiene alejados de Dios, en el error y desenfocados. Cuanta más verdad pongamos en nuestra conciencia de pecado más necesidad tendremos de pedir perdón y de recibirlo. Entonces nos sabremos amados en abundancia y misericordia. Cuanto más perdón más agradecimiento.

Si somos poco agradecidos es que hemos pedido poco perdón. Y eso quiere decir que no nos vemos enfocadamente. Animo. A mirarse más y mejor.

ANA IZQUIERDO
ana@dabar.net

DIOS HABLA

II SAMUEL 12,7-10. 13

En aquellos días, Natán dijo a David: «Así dice el Señor, Dios de Israel: “Yo te ungué rey de Israel, te libré de las manos de Saúl, te entregué la casa de tu señor, puse sus mujeres en tus brazos, te entregué la casa de Israel y la de Judá, y, por si fuera poco, pienso darte otro tanto. ¿Por qué has despreciado tú la palabra del Señor, haciendo lo que a él le parece mal? Mataste a espada a Urías, el hitita, y te quedaste con su mujer. Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme

despreciado, quedándote con la mujer de Urías”». David respondió a Natán: «¡He pecado contra el Señor!» Natán le dijo: «El Señor ha perdonado ya tu pecado, no morirás».

GÁLATAS 2, 16.19-21

Hermanos: Sabemos que el hombre no se justifica por cumplir la Ley, sino por creer en Cristo Jesús. Por eso, hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo y no por cumplir la Ley. Porque el hombre no se justifica por cumplir la Ley. Para la Ley yo estoy muerto, porque la Ley me ha dado muerte; pero así vivo para Dios. Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Y, mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí. Yo no anulo la gracia de Dios. Pero, si la justificación fuera efecto de la Ley, la muerte de Cristo sería inútil.

LUCAS 7,36-50

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora». Jesús tomó la palabra y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él respondió: «Dímelo, maestro». Jesús le dijo: «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amaré más?» Simón contestó: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Jesús le dijo: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama». Y a ella le dijo: «Tus pecados están perdonados». Los demás convidados empezaron a decir entre sí: «¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?» Pero Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».

EXEGESIS

PRIMERA LECTURA

Horroriza la ligereza con que proyectamos sobre los demás las culpas propias desde la inconsciencia de nuestra autosatisfacción (*‘No soy como los demás hombres o como ese publicano’*). Y escandaliza la condena del adversario por los mismos escándalos o pecados que nosotros mismos protagonizamos, pero que somos incapaces de verlos porque no miramos hacia dentro.

El texto de hoy es la conclusión de una de las parábolas jamás escritas y aplicadas: Natán ha saludado a David con ella: *“Había dos hombres en un pueblo, uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla....”* (2Sam 12,1ss) y quiere el rico arrebatársela para obsequiar a sus amigos. De ahí la reprobación del profeta a David que, teniendo todo un harén a su disposición ha de ir a encapricharse de la mujer única de uno de sus mejores servidores, Urías, en aquellos momentos en la guerra de su señor y que ni se permite ir a disfrutar de su esposa, por tener como más importante servir al rey.

Y qué bien ha juzgado y condenado el mismo David al cobarde al que con trazos vigorosos y firmes acaba de descubrirle Natán: *“Ese hombre merece la muerte”*. La respuesta de Natán es terminante: *“Ese hombre eres tú”* (v7), Y por si aún quiere escapar de su responsabilidad el profeta se lo explica punto por punto en el texto de hoy.

Virtud de David, que le será reconocida, será el acto de arrepentimiento y dolor apenas cae en la cuenta de lo horroroso de su pecado, cegado como estaba por la pasión al arrebatarse a Betsabé para sí, y por la soberbia al disponer impune de la vida de Urías.

La tradición confirmará la grandeza de este arrepentimiento al atribuir al mismo David el salmo 51 (*Miserere*) acotando en su título: “*Salmo de David cuando Natán lo visitó después de haberse unido aquel a Betsabé*”. Casi de refilón, pero sin omitir el recuerdo del pecado, lo cita ben-Sirá en el ‘*elogio de los hombres de bien*’ (Ecl 44,1, al anotar: “*El Señor perdonó su delito*” (47,11). No cita el pecado pero cita el perdón del Señor, como mérito para quien lo recibió. El Libro de Crónicas, por el contrario, ni se cita este pecado de David. En un exceso de admiración olvida que lo más humano y divino de nuestra relación con Dios, no está en nuestras obras, sino en el amor que Dios nos tiene. “*¡Oh, feliz culpa que mereció tal Redentor!*” canta la Iglesia. Podríamos decir también con razón: “Feliz pecado que mereció tal perdón y tal arrepentimiento! (Recuerdo el dicho: “*El hombre sólo es grande cuando está de rodillas*”). La clave de estas paradojas se encuentra fácilmente leyendo a San Juan al escuchar que lo más hermoso de nuestra relación con Dios “*no está en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para expiar nuestros pecados*” (1Jn4,10).

TOMÁS RAMÍREZ
tomas@dabar.net

SEGUNDA LECTURA

Estos versículos de la lectura forman la parte final del “incidente de Antioquía” y, en ellos, Pablo reflexiona sobre el valor de la ley (judía) y la justificación que nos viene por Cristo.

Respecto al incidente de Antioquía, el “concilio de Jerusalén” (Hch 15) había rechazado las pretensiones de los que querían que el cristianismo se atuviera estrictamente a las leyes judías. La comunidad de Antioquía se sentía más libre frente a esas leyes judías y, por ello, Pablo y Bernabé habían ido a Jerusalén para aclarar la situación, regresando satisfechos a Antioquía. Desconocemos la razón de la visita de Pedro a Antioquía, pero éste, en un principio, había participado con naturalidad de las comidas de la comunidad, que no seguían el ritual judío. Pero, al poco de llegar una comisión de Jerusalén, del círculo de Santiago, es decir, judeocristianos y estrictos cumplidores de la ley judía, Pedro tuvo miedo y dejó de comer con los cristianos que provenían del paganismo. Incluso el ejemplo de Pedro provocó que otros en la comunidad siguieran su ejemplo y dejaran de comer con los cristianos que habían venido del paganismo. Así, Pablo se dirigió en una agria polémica a Pedro y le afeó la conducta, pidiéndole cuentas delante de toda la comunidad.

Todo esto da pie para que Pablo hable de que la ley ha prescrito. El Antiguo Testamento está superado, la ley de Moisés ha perdido su fuerza. Para ello alega con el Salmo 143,1-2, citándolo de forma libre (v. 16).

El cristiano ha sido justificado por Dios y ha dejado de ser pecador. Con Cristo y en Cristo, ha muerto a la ley. Así, la nueva vida cristiana no es una vida natural, sino un vivir divino. La realidad divina no es una realidad visible, es una realidad oculta que se alcanza por la fe, en la entrega incondicional al Hijo de Dios que se sacrificó a sí mismo por amor, y en cuya muerte y resurrección el hombre participa a través del bautismo (vv. 19-20).

Con su teología de la ley, los enemigos de Pablo destruyen, al menos teóricamente, la acción de la gracia divina, pues quien atribuye que la ley puede salvar, está proclamando que la muerte de Cristo es totalmente inútil. Pablo saca aquí unas consecuencias que Pedro, seguramente, no había sacado nunca,

pero que al analizar la conducta de Pedro, parecen adecuadas. No sabemos la reacción de Pedro ante este argumento de Pablo (v.21).

RAFA FLETA
rafa@dabar.net

EVANGELIO

1. Aclaraciones al texto

V.36 Un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Lucas es el único evangelista que habla de invitaciones de los fariseos a Jesús y, en esta ocasión, incluso con mención explícita del nombre del anfitrión: **Simón** (vs.40 y 43). **Fariseo.** Persona profundamente religiosa, para quien Dios y la Ley de Dios eran los guías de su vida. **Se recostó a la mesa.** Se tendió en un diván, apoyado sobre un codo, con las rodillas dobladas y los pies descalzos dirigidos hacia fuera. Esta posición de los pies explica la colocación de la mujer junto a ellos en la escena siguiente.

V.37 Una pecadora. El trato de Jesús con pecadores y la crítica a Jesús por ese trato responden a recuerdos imborrables relativos a la misión de Jesús.

V.38 Besar los pies. Signo de profundo respeto.

V.39 Se dijo. Reflexivo: **para sí, para sus adentros.**

V.40 Tengo algo que decirte. Forma cortés de pedir la palabra.

V.42 Los perdonó. Literalmente: **los agració.** El mismo verbo se repite en el v.43. Es importante resaltar el componente de gracia, de don. Este “agraciamiento” (perdón por esta bonita palabra, que no existe en el Diccionario de la RAE), esta experiencia de gracia generará como respuesta el amor agradecido de la personas agraciadas. **¿Cuál de los dos lo amará más?** Pregunta clave para lo que seguirá después. Atención al adverbio **más** (en griego, comparativo de **mucho**).

Vs.44-46 Agua, Beso, Unción: elementos habituales del ritual de reconocimiento y bienvenida que los anfitriones dispensaban a sus huéspedes.

V.47 En este versículo es importante prestar atención a la doble repetición y contraposición **mucho** y **poco**.

V.49 A decir entre sí. Más correcto: **A decirse.** Reflexivo, al igual que en el v.39 (**para sí, para sus adentros**).

V.50 Vete en paz. Expresión de bienestar completo y duradero, cimentado en Dios.

V.2 Magdalena. Adjetivo gentilicio (de Magdala, en la orilla galilea del lago de Genesaret, entre Cafarnaún y Tiberíades). Vuelta a mencionar en 24,10. **De la que habían salido siete demonios siete demonios.** Expresión de posesión diabólica extraordinariamente maligna.

V.3 Juana. Vuelta a mencionar en 24,10. **Susana.** Única mención aquí. **Le ayudaban con sus bienes.** La crítica textual apoya más la lectura plural **les** (en referencia a Jesús y los Doce) que la singular del texto litúrgico **le** (en referencia exclusivamente a Jesús).

2. Texto. ¿Qué dice en sí mismo?

Dos partes (7,36-50 y 8,1-3). El hecho de que ambas se encuentren exclusivamente en el evangelio de Lucas no les resta en absoluto credibilidad histórica. Dato común en ambas partes: presencia femenina significativa.

Primera parte 7,36-50

El relato es de los que entran por los ojos. La mujer que irrumpe en él no está nombrada, pero está motejada: **Si éste fuera profeta, sabría quién es y lo que es esta mujer: una pecadora.** Si se la podía motejar de infractora de la Ley, era porque se la conocía.

Pero, ¿y Jesús, conocía Jesús a la mujer?, ¿la conocía como pecadora? Lo que no genera duda alguna es que la mujer sí conocía a Jesús y que, como consecuencia de ello, ella le dispensaba las muestras de reconocimiento que el anfitrión contemplaba, si bien éste no acertaba a comprender.

¿De qué tipo de reconocimiento se trataba? La respuesta está articulada en un diálogo que recuerda el modelo de diálogo socrático. **Simón** (nótese el uso del nombre para dirigirse al anfitrión), **tengo algo que decirte**. Simón: **Dímelo, maestro** (nótese el modo de dirigirse Simón a Jesús). Jesús: **Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta** (transposición: uno le debía mucho y el otro, poco). **Como no tenían con qué pagar los agració a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?** Simón: **Supongo que aquel a quien agració más**. Jesús: **Has juzgado rectamente**. Desde el razonamiento, Jesús ha acompañado a Simón a descubrir y formular por sí mismo la verdad que Jesús quería que descubriera: **Supongo que aquel a quien agració más** (transposición: supongo que amará más el que debía más).

Pero quedaba el riesgo de que esa verdad quedara reducida a puro enunciado general, sin concreción en el aquí y el ahora de las personas; quedaba por precisar el tipo de reconocimiento de la pecadora para con Jesús, reconocimiento que tanto había escandalizado a Simón. De ahí la continuación del diálogo. **¿Ves a esta mujer?** (nótese que Jesús no habla de ella como pecadora sino como mujer). Los gestos que tú no has tenido conmigo los ha tenido ella, demostrando con ellos su agradecimiento por haber sido perdonada. Ella es una mujer agradecida. Ha pasado de ser agraciada a ser agradecida, de haber pecado mucho a amar mucho. **Pero al que poco se le perdona, poco ama**.

Escuchando esta última afirmación, uno no puede menos de hacerse preguntas. ¿Reconocería Simón que, aunque en menor medida que la mujer, también él era deudor y que estaba necesitado de perdón? ¿Aceptaría Simón el perdón que también a él le ofrecía Jesús? Desde el texto las preguntas quedan sin respuesta.

Lo que sí queda meridianamente claro es que la mujer expresó públicamente su agradecimiento a Jesús en un medio demasiado pagado de sí mismo y, tal vez por ello, poco propicio a dejarse agraciarse por Jesús. La mujer sintió necesidad de expresar su agradecimiento a Jesús y lo hizo. Y en ese medio pagado de sí mismo Jesús volvió a asegurar a aquella mujer, valiente y humilde, que era una mujer perdonada. **Estás perdonada. Tu fe te ha salvado, vete en paz**.

Segunda parte 8,1-3

Información sucinta, exclusiva de Lucas en lo tocante a la presencia femenina, presencia que, por lo demás, ofrece las máximas garantías de credibilidad histórica.

La presencia femenina la introduce Lucas como sigue: **Acompañaban a Jesús los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades**. Lucas no habla de mujeres en general sino de mujeres concretas, de mujeres **curadas por Jesús**. En términos de sintaxis, lo relevante no es el núcleo nominal (mujer), sino el adyacente o calificativo (curada). Es el calificativo lo que debió mover a Lucas a hablar de las mujeres curadas por Jesús inmediatamente después de haber hablado de la mujer perdonada por él: una y otras, todas, habían sido **agraciadas** por Jesús. Una con la gracia del perdón, otras con la gracia de la salud. Y todas respondieron de la misma manera: **agradeciéndoselo** a Jesús. Una con sus lágrimas y un costoso perfume, otras con sus bienes.

3. Texto. ¿Qué dice para mí?

Todo el texto es una invitación a ser agradecidos a Dios. Ello presupone revisar nuestras maneras y modos de relacionarnos con Él, de hablar con Él, de contar con Él, de estar disponibles para Él. Por Jesús podemos saber con certeza quién y cómo es Dios. ¿Conocemos ese saber sobre Dios desde el que Jesús vivió y que Jesús nos transmitió? ¿Sabemos, por ejemplo, que Dios cuida siempre de nosotros? Hagamos la prueba de buscar señales, muestras de ese cuidado. Las encontraremos. Seguro. Como también será seguro que encontraremos la manera, el detalle con que agradecérselo.

NOTAS PARA LA HOMILIA

La escena de la comida de Jesús en casa del fariseo contiene dos personajes principales además de Jesús y el grupo de los otros convidados, que solo interviene al final. Tanto el anfitrión como la mujer van a ser enjuiciados por Jesús a lo largo de la escena.

Podemos preguntarnos cuáles son los motivos que llevaron a los fariseos a intentar comer con Jesús, pues lo que sí queda claro es que no fue con intención de brindarle su hospitalidad ni tampoco la de agasajarlo y compartir con él el tiempo o la conversación. ¿Por qué digo esto? Pues porque el propio Jesús pronuncia las carencias de esa invitación. No se han cumplido con él las normas más elementales de acogida, o de hospitalidad que la cortesía de la época requería. Cuando se quiere honrar a alguien se hacen los procedimientos que Jesús enumera y que no se han dado en la casa en la que ha sido invitado. Si pensamos bien, podremos decir que solo la curiosidad ha llevado al fariseo a invitar a Jesús. Si pensamos mal, entonces podremos creer que más bien se haya tratado de una invitación trampa para poderlo acusar si su enseñanza es contraria a su ortodoxia. En cualquier caso, la invitación no es honesta; es hipócrita y esconde intenciones ocultas. Compartir la mesa, comer con alguien, para aquella mentalidad, era pensar como él, saber que se comparte un mismo sentir con quien se invita. La mesa del fariseo parecía expresar algo así, pero la falta de cortesía y lo que sucede después demuestran que la invitación está lejos de querer compartir nada con Jesús. A esto se une el pensamiento sospechoso que siente sobre Jesús: Si no sabe que lo está tocando una pecadora y que, por tanto, queda impuro, entonces no es un verdadero profeta.

La mujer se ha enterado de que Jesús estaba ahí comiendo; se ha saltado las normas y las prohibiciones y ha irrumpido como intrusa en la comida del fariseo. No dice nada, no abre la boca, solamente realiza unos gestos: ungir los pies de Jesús con perfume, llorar sus pecados y enjugar los mismos pies de Jesús con su cabello. Esa mujer está reconociendo en Jesús algo más que un profeta; se presenta ante él con el dolor y la amargura de sus pecados. Ella sabe que en Jesús hay “algo” de Dios aunque ella no entienda qué. Ella busca en Jesús la compasión de Dios, el perdón de Dios. Y eso es, precisamente, lo que va a encontrar, pues Jesús la declarará absuelta ante todos los comensales. Y ese perdón es el que va a descalificar definitivamente al anfitrión de Jesús y a sus compañeros, pues su pregunta acerca de “¿quién es este, que hasta perdona los pecados?” nos delata su incapacidad para poder ver lo que Jesús es en realidad y su poder, igual a Dios, para perdonar los pecados. Al final, ese actuar de Dios acabará llevándolo a la cruz.

Dos actitudes, pues, ante Jesús nos propone este evangelio. Una que pretende juzgarle y que tan solo busca mantener las apariencias; otra que no habla pero que actúa con arrepentimiento y con amor. La de los primeros no agrada a Jesús; él ha estado con ellos pero ellos no han recibido nada, no se han quedado con nada de él. La comida y la invitación no eran más que una farsa. La mujer recibe la misericordia de Dios, el perdón de sus pecados. Es una característica muy propia del evangelio de Lucas que Jesús recupere pecadores para Dios; pero eso depende siempre de la actitud de ellos hacia él. Incluso en la cruz, le dice al ladrón “hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Aunque parezca mentira, recibir la misericordia y la compasión de Dios depende más de nuestra humildad y del reconocimiento del propio pecado que de otras cosas. De no ser así, Jesús pasará inadvertido en nuestras vidas, como pasó por la casa de aquel fariseo.

JUAN SEGURA
juan@dabar.net

PARA CONSIDERAR Y REFLEXIONAR EN GRUPOS

Son numerosas las parroquias y comunidades que semanalmente se reúnen para compartir la Palabra utilizando dabar, permitidme recordaros que el precio de suscripción se reduce en función del número de ejemplares que se envían (y que resulta más económico que la fotocopia), y pensamos que podrían ser muchas más. Gracias.

sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor (Lc 7, 47)

Preguntas y cuestiones

- Revisar nuestro concepto de fe
- ¿Hasta qué punto ponemos nuestra confianza en nosotros mismo y en nuestras buenas obras?
- Por estar libre de la ley, ¿me considero exento de conductas éticas?
- ¿Nos cuesta perdonar?. ¿Cuál es nuestra experiencia de perdonar y ser perdonados?

PARA LA ORACION

Dios, Padre bueno, que has creado el cielo y la tierra y has puesto al hombre al frente de tu obra para saber cuidarla para prolongar y actualizar, así, tu acción creadora; infunde en todos los hombres la responsabilidad necesaria para saber proteger y agradecer cuanto has puesto a su servicio.

¿Qué podemos ofrecerte a ti, Señor, que eres la fuente y el origen de cuanto existe? Recibe este pan y este vino como presentes de nuestra pobreza y sencillez y haz que, con tu acción amorosa, sean para nosotros el alimento eucarístico que nos alienta.

En verdad es justo y necesario darte gracias, Señor, por todo cuanto haces por nosotros. Pero, dentro de todo, es necesario alabarte primero por la vida que nos has dado. Porque no solo por el azar es como fuimos engendrados, sino que tu providencia amorosa pensó en cada uno de nosotros para ser llamados a la vida. Esa elección es pura gracia tuya. Es más, nos has dado la vida para compartir con nosotros tu ser, tu amor y tu eternidad. Así, has previsto para todos tus hijos un proyecto de felicidad, a tu lado, para siempre. Por eso, te damos las gracias, te cantamos y te alabamos sin cesar.

Alimentados con el sacramento de la entrega y el amor de tu Hijo Jesucristo, te pedimos, Padre, que siga siendo siempre para nosotros el signo de tu gran amor y misericordia para con todos los que vivimos en la fe de tu Hijo muy amado, Jesucristo, Señor nuestro.

LA MISA DE HOY

MONICIÓN DE ENTRADA

Dios no niega nunca el perdón a quien se arrepiente de sus errores y lo pide con humildad. El caso de David, que nos plantea la primera lectura, es un ejemplo ilustrador de ello. El caso de la mujer pecadora que llora sus pecados en casa del fariseo es otro ejemplo que vemos en las lecturas de hoy. Ellos se arrepienten y encuentran la misericordia de Dios. Sin embargo, el contrapunto lo ponen los fariseos; ellos no reconocen su pecado y creen que no deben convertirse, por eso acusan del pecado a los demás. Que esta celebración nos ayude a descubrir nuestra realidad pecadora y a saber acudir a la misericordia infinita de nuestro Dios.

MONICIÓN A LA PRIMERA LECTURA

David, el preferido de Dios, ha pecado gravemente contra él. Dios aborrece y recrimina el pecado del Rey, pero, ante las palabras de Natán, David se arrepiente y pide perdón. El daño hecho ya está causado y no tiene remedio ni arreglo posible, pero Dios valora y acoge la súplica humilde de su siervo. En consecuencia, le brinda su protección.

SALMO RESPONSORIAL (Sal. 17)

MONICIÓN A LA SEGUNDA LECTURA

El texto que se nos presenta hoy, tomado de la carta a los Gálatas, es una aclaración bastante importante frente a los judaizantes. Lo que nos mueve a nosotros es la fe en Cristo. En ella hemos sido

salvados y en ella encontramos el motor que impulsa nuestra vida, hasta el punto de poder decir que cada uno somos Cristo, que vive a través nuestro. Esa fe es la que nos salva en esta vida y en la otra.

MONICIÓN A LA LECTURA EVANGÉLICA

El pasaje de la comida de Jesús con los fariseos subraya la diferencia de actitud entre esos y la pecadora que irrumpe en el banquete. El fariseo no se reconoce pecador y solo ve el pecado en los otros; por eso no puede recibir la gracia de la misericordia. La pecadora pública sí reconoce, se arrepiente y llora su pecado. Por eso, la mujer recibe el perdón y la compasión de Jesús y los fariseos no.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Este es el momento en el que pedimos a Dios por toda la humanidad y en el que todos en común hacemos nuestra una misma súplica.

- Por la Iglesia de Jesús, para que se deje identificar con el Señor hasta el punto de que no sea ella, sino el propio Cristo, que vive en ella. Roguemos al Señor.
- Por los que rigen los pueblos y las naciones de la tierra, para que favorezcan la paz y la justicia entre todos los hombres. Roguemos al Señor.
- Por los que no reconocen su condición pecadora, para que la experiencia de Dios les lleve a ver su realidad y saberse necesitados del perdón. Roguemos al Señor.
- Por todos los cristianos, para que la fe en Jesús sea en verdad lo que mueva toda nuestra vida. Roguemos al Señor.
- Por todos los que sufren en este mundo; por los que llevan la cruz causada por la injusticia de los hombres; por los más vulnerables de esta crisis económica y por los pobres de la tierra. Roguemos al Señor.
- Por todos nosotros que participamos en esta liturgia de acción de gracias, para que nos ayude a ser agradecidos con Dios y a llevar a los demás la misma misericordia que recibimos de él. Roguemos al Señor.

Oye, Padre, los ruegos de tus hijos; acude en su auxilio y haz que nunca les falte la luz necesaria para saber pedir y acogerse a tu perdón. Por JCNS.

CANTOS PARA LA CELEBRACION

Entrada: *Cristo nos une en torno a su altar* (disco “15 Cantos para la Cena del Señor”).

Salmo: LdS.

Aleluya: *Alleluia 10* (Taizé).

Ofertorio: *Quiero ofrecerte, Señor* (de Aradillas en el disco ‘Ven, amigo, ven’)

Santo: (1 CLN-I 4)

Comunión: *Cristo es el camino, la verdad y la vida* (Del disco ‘Dios es amor’ de C. Erdozain).

Despedida: *Te seguiré* (Sembrador de A. Bravo).

Director: Enrique Abad Continente · Paricio Frontiñán, s/n · Tlf 976458529-Fax 976439635 · 50004
ZARAGOZA

Tlf. del Evangelio: www.telefonodelevangelio.blogspot.com - Página web: www.dabar.net - Correo-e:
dabar@dabar.net